

Don Bosco y la Exposición Nacional de Turín

El día 26 de abril de 1884 Turín estaba de fiesta. Los Soberanos de Italia con la intervención de toda la familia real, del cuerpo diplomático y de los dignatarios del Estado, inauguraban solemnemente en esta ciudad la Exposición nacional de la industria, la ciencia y las artes. Presidía la comisión de honor el príncipe Amadeo, hermano del Rey, y, la comisión ejecutiva, el diputado Tomás Villa. Los edificios de la exposición se levantaban en la orilla izquierda del Po, en el amenísimo parque que rodea el castillo Valentino.

Don Bosco había pensado presentar únicamente la tipografía salesiana, exponiendo su ya rica producción. Hizo su petición para ello en mayo de 1883 y, el día dieciséis de julio, recibió la carta de admisión y se le asignaba un puesto conveniente en la galería (así decía entonces comúnmente, en lugar de pabellón) para la didáctica y la librería, en la que figuraban los productos de las artes gráficas. Allí, pues, mandó trasladar mil volúmenes de todo tamaño y calidad: científicos, literarios, históricos, didácticos, religiosos, ediciones ilustradas; el Boletín Salesiano en tres lenguas: italiana, francesa y española; además, ensayos de dibujo y de todo lo que se refería a escuelas elementales, técnicas y de bachillerato clásico. Todo este material fue colocado en estantes de elegante estructura, donde se destacaban muy bien variadas y preciosas encuadernaciones. Todo este conjunto estaba ya preparado, cuando tuvo lugar la inauguración.

Pero, más adelante, el plan primitivo tomó mayores proporciones. El honorable Villa, de viaje por Suiza durante el otoño anterior para visitar la exposición de Zurich, fue a ver una de las más renombradas fábricas de



la ciudad y le impresionó una valiosa máquina, que estaba en construcción para la fabricación de papel. Preguntó para quién se construía y al oír que para el señor Bosco de Italia, replicó el diputado: -Diga usted mejor para Don Bosco, porque no hay quien no conozca a este hombre.

Y, en realidad, Don Bosco había encargado aquella nueva máquina para su fábrica de papel en Mathi Torinese. A su regreso a Turín, Villa instó para que la estupenda máquina luciera en las galerías de la Exposición. Don Bosco, sin titubear un instante, asintió, poniendo como única condición que se le asignase una galería entera, donde colocaría y haría funcionar también las máquinas necesarias para la producción del libro. Aunque al principio pareció excesiva su exigencia, dejó de serlo cuando explicó detalladamente su grandioso plan; es más, la Comisión determinó construir una galería a propósito en un patio a lo largo de la inmensa galería del trabajo. La nueva galería medía cincuenta y cinco metros de longitud por veinte de ancho. Sobre la puerta de entrada se leía: DON BOSCO FABRICA DE

PAPEL, TIPOGRAFIA, FUNDICION, ENCUADERNACION Y LIBRERIA SALESIANA

No se equivocaba el señor Villa al decir que Don Bosco era conocido; sin embargo, para aquellos tiempos, parecía un verdadero anacronismo un cura expositor en una exposición nacional y en la sección del trabajo. Por eso muchos, al pasar por delante y leer aquella inscripción, sonreían, imaginando que se iban a encontrar con objetos de sacristía, que no les interesaría lo más mínimo. Pero, cuando superando las prevenciones, se decidían a entrar, quedaban al punto impresionados por dos novedades: el trabajo y los obreros. Estos, jóvenes de diversas edades, se ganaban la simpatía de los visitantes por la aplicación, compostura y serenidad con que cada uno atendía a cumplir bien su papel. El trabajo a su vez cautivaba la atención general desde el primer momento hasta el fin. De suerte que aquel departamento constituyó para el público una de las más interesantes atracciones en la gran exposición.

Memorias Biográficas,
Tomo XVII Pág. 214, 215